

SEDUCIR A LA MUERTE

*El sol todo lo pudre;
nosotros arrancamos
de sus garras los frutos.*

Eduardo Lizalde.

No sé todavía que paso la última noche,
el misterio lo guarda un cántaro de voces,
cuenco de oscuridad embebido de lágrimas
donde el amor esgrime su tumulto rabioso
y la dulzura es esa gota de ámbar
que se funde en tu piel con un roce de láudano.

La encarnizada guerra del amor y sus lánguidas treguas
animaron el péndulo nocturno
del vacío al desbordamiento
bajo la tutela del sudor
océano detenido.

La noche dejó caer sobre los trashumantes
su montaña de agua,
la sal de su cantera;
fue de semen,
de espuma,
de hielo tembloroso;
fue leche vegetal para dormir
en la cripta del beso.

Presos de oscuridad,
aturdidos en su orbita perfumada,
los alushes dialogan,
digieren esa furia que ennegrece tus ojos
y me baña la piel con un fulgor sin nombre.

Hemos tocado el mundo,
en nuestro hervor sagrado disolvemos
la nitidez del aire;
nuestro caldero,
cráter de la alquimia
rumia ciudades, libros,
mitologías inéditas.

Yo vigilo contigo
en espera de la próxima erupción.

Antes de que la sangre disimule su flor incandescente,
antes que se convierta en vestigio oxidado,
y las mañanas sean de confort minucioso,
cada gota de sangre sea océano;

cada latido tuyo,
puñal que romperá la pureza del DIA.

Mi obsesión ya conoce la formula sagrada
que hace de azules mares
mares rojos.

¿Será la eternidad este deslumbramiento de la sangre?

Que su túnica roja aflore y cubra mi rostro en agonía.

Que en mis ojos fulgure
la lumbre que incendio en mañanas sin fecha
el lienzo del verano.

Habría que caminar por el desierto
hasta que el rostro fuera una resequedad
y la mirada una alucinación.

Habría que arder de olvido
y en un polvo solar, ciegos de llanto,
desandar los caminos de la piel,
y quedar inocentes, primarios,
previos al nacimiento y a la herida.

Allí sobre la mesa el paño húmedo
sístole y diástole sobre murmullos.

El lienzo masacrado,
mi estandarte,
grito rojo, granada incontinente.

Testimonio de domesticas revoluciones,
estará cada noche bajo mi cabeza;
su hemorragia reventará en mi oído,
me dirá de tu cuerpo lo que ignoro.

Abrirá para mi tu ultima puerta.

Placidamente a ciegas
lejos de las navajas de mar
y el veneno de las flores
recorro los desiertos de la miel.

Me demoro en la estación de la abundancia
y hache estoy sin recobrar
la inocencia perdida.

Vuelvo al silencio
convaleciente playa en levedad.

El humo blanco reza, ya es de DIA.

¿ Cuántas palabras mueren?

¿Qué tropel tan callado es masacre de flores?

Odio la noche,
no veré mas su cielo;
 sus listones de seda
 bridas en la estentórea cabalgata.

Fuga que desintegra las mascararas del mundo.

Por el ojo de la luna
fluye el humor mas negro para anegar mi voz.

Yo me resguardo,
acudo a la costumbre con mis hábitos rotos,
intento venerar los cortinajes,
los cajones cerrados,
aprendo a suplicar a la rutina otra vuelta de noria
y adivino en el parpado nocturno
mi mortaja.

La sordera del muro se levanta
desde mi pecho hasta mi boca crece su recia solidez
y nada fluye.

Toda fosa es hermética,
ninguna grieta filtra una limosna de aire
ni un asomo de luz que nos redima.

Nada fue cierto

Vimos
el carnaval fastuoso
despojarse por fin de su antifaz
para ser solo fuego contra fuego,
combustión sin materia
simple voracidad.

El escándalo es un rubor suicida
es grito que desflora
muda raíz que tiembla de intemperie.

Última estación del amor;
parada anterior a la muerte;
es el paracaídas de los locos.

Nadie puede escapar al cerco blanco
donde el amor consume
su propia tumba.

¿ Cuándo se aprende?

En el paso instantáneo de la muerte
cuando nos deja atrás en su carrera,
sin reflexión,
hundidos en perdurable estiércol.

Indómitos farsantes
que vamos a decir,
si el instante preciso nos traiciona;
si tampoco podemos callar en paz.

Nuestro infierno larvario justifica
el goce que extremos del pan y de la carne;
el grano de sabor
en la vida instituida y predecible.

Hay un escalofrío de verano,
en el rosetón óseo y cristalino
donde la lluvia insiste en anegar paisajes
y el tiempo desdibuja sus secuencias.

No sirve estar alerta
la decadencia ensancha sus dominios.

Puedes blasfemar,
puedes armarte de ira,
sublevarte de amor,
detener la belleza y sus eclipses.

Tu estrategia es inútil
el contrincante sabe
al fondo del tablero
el momento preciso para el golpe.

El tacto se ha disuelto entre rutina.

Los ojos van a tientas
vulnerando la noche para ser
sueños tangibles,
rostros de memoria,

tal vez

alguna vez

palabras.

Somos los desertores,
los testigos.

Siempre temprano o demasiado tarde.

Un solo instante vivido a tiempo
se llama eternidad.

Nosotros aspiramos a ese cansancio póstumo
que marchite las rosas
y haga correr el tizne por el rostro
de los que entonces lloren.

Contra la cobardía de las neuronas,
ensanchando el calibre de las venas
esto es sobrevivir sobremuriendo.

La plaga del placer
y sus provisionales fortalezas
se nutren de exterminio.

Mas no claudicaremos,
antes sucumbirá
la muerte
seducida.

Dios esta en la vigilia corrupta

y protege a las ratas
en noches andrajosas
con la sabiduría de esquivar el golpe.

Desciendo a tu infranoche.

Me seducen

tu perfección

tu arrogancia

tu suficiencia estéril.

Transformas el exceso,
la transgresión en ofrenda.

En la metamorfosis de los cuerpos
permaneces intacto,
idéntico a ti mismo:

¿ Invulnerable ?.

Reclúyete en tu noche
donde no te penetre mi escalpelo.

Soy vuelo que amenaza con sublevar la aurora.

No me acompañes,
quiero que siempre ignores
mis trabajos, mis riesgos.

Elige tú los sitios mas seguros;
yo rechazo la garra que custodia
nuestra querida, comfortable cárcel.

No comparezco.

Bórrenme puntuales
de los relojes y los calendarios.

Hoy decido buscarme todo el DIA:

Reflejo a reflejo,
en la lejana huella del sudor,
a riesgo de perderme.
hasta la ultima gota

Desposeída de ti, gozo mi exilio.

No puedes extinguirme:
Ardo desde las plantas de tus pies;
la crueldad que te nutre me alimenta.

He aprendido a esconderme
en tu primer vergüenza
y en el llanto que nunca derramaste.

Aprendí como tu
a jugar por la noche
ese juego contrario de los días,
por restituir después las apariencias
que remiendan el rostro
y lubrican la maquina del mundo.

La distancia es un numero,
una clave.

No la voz que diría:
Te soñé anoche.
Te construyo la ruina perfecta,
ciudad absurda para seguir vagando.

Seria fácil comprar dos boletos al infierno,
ser el trigo abrasado de Van COG,
disolverse en la tortuosa evanescencia.

Seria mejor no haber muerto
o haber muerto del todo.

Mas lo real es esta mediamuerte,
esta puerta cerrada
que se abate nocturna y me introduce
a la prisión perpetua.

Al acecho

golpe a golpe

alguien cava

nuestra fosa común.

Conoces la negrura,
te ha cegado los parpados esta terca ciudad
que no quiere morirse
y evade su sentencia
en el canto monótono del agua.

Un bostezo se traga nuestros pasos,
atropella las sombras
este fragor de trenes que no parten.

Volvemos a encontrarnos en días temblorosos
y dudamos del aire que nos brinda
sus porciones de oxígeno
y nos miente.

Sigue ante mi ciudad de tempestades.

Ciudad sin sueño cimentada sobre hormigas.
Finge nuevos palacios bajo la decadencia del crepúsculo.
Infiltrate en mi vientre.

No ceses de inundarme.

Mi locura es sagrada.

No me toquen.

Un cíclope la noche
vertiginosamente inmóvil
me devora.

Ojos empantanados definen tu silueta.

A contraluz te alumbro:

Revélate Satán,
deja caer tu mascara.

Embísteme con tu hecatombe oscura.

Te reto a compartir
mi urgente combustión a carne abierta.

A deshojar la yema de la rosa
hasta teñir de rojo los espejos.

Con mis labios selle su círculo de fuego

su redondez perfecta,

insoportable.

Una y otra vez derrame en esa copa
la ternura y la ira.

Temblaron sus cristales
como tembló mi pulso
ante el satín espeso de tu piel.

Quise tocar el filo de la fuga
y desbocar el agua.

Quise anular el pacto.

Aun contemplo
el estallido de la supernova.

La infinita paciencia del diablo
ofrece cada noche
su hostia metálica,
pétalo de afilada comunión,
signo de los que vieron el resplandor prohibido.

Volveré al mar
a salvo de tu imagen.

El mar lo borra todo;
no hay palabra ni arena ni reflejo capaz de sublevarse.

Su rumor celular desencadena el parto;
inicia la avanzada de la muerte,
marca la hora en que el amor termina.

No hay ternura que valga,
ni insulto ni blasfemia.

El mar pacientemente nos contagia .

Sentenciado a su mustia levedad cae el otoño.

Nadie avive la brasa oculta en la ceniza.

En su muda estación

bostezo largo

he de apagar la urgencia de este fuego.

La túnica de luces del instante
donde la nada funda su esplendor.

Este silencio trunco de cielos degollados.

El lagrimal de hormigas
donde el olvido asciende por escalas
de ceguera piadosa.

En la llanura inmensa:
Ningún oleaje eleve sus espejos
y la memoria en piedra se coagule.

Del brazo de tu ausencia
recorro jardines y abecedarios.

No entender a los arboles es suficiente exilio.

Adivinar su transito de luz a clorofila
sin recibir siquiera una limosna de serenidad,
es saber que tu sangre navega desde lejos,
que no existe un afluyente de tus venas
que aniquile el monologo en que muero.

Tras consumir los fastos de la carne
las rosas ensombrecen sus cortinajes mudos
y son como nosotros
extranjeras.

Ninguna mano arranca su sol a fuego lento,
no podrán ahogarse en su perfume.

Condenadas al viento se deshojan,
escarnio de la piedra
como gotas de sangre se resecan.

